

**Valorando nuestro pasado...
para sembrar un futuro equitativo**

**Valorando nuestro pasado...
para sembrar un futuro equitativo**



Junio 2017

Esta revista forma parte del proyecto:

“SEMBRANDO AUTOETNOGRAFIAS POR LA EQUIDAD: COSECHANDO MEMORIA HISTORICA

Por la visibilidad y el reconocimiento del saber de las mujeres rurales”

Proyecto financiado por el fondo “Tejiendo ideas, GANEMOS JEREZ”

Coordinacion y edición: Asociacion de mujeres “Sembradoras de Salud”

Maquetacion: Sackload

Fotografías históricas: Cedidas por las mujeres participantes en el proyecto

Dibujos: Rafaela (64 años)

Fotografia:

Rosario Delgado

ESTUDIO CREATIVO



índice

- | | |
|---|---------------------------|
| 4 Introducción | 20 Familia |
| 6 Mi madre | 21 Amistades |
| 8 Mi padre | 22 Las de campo |
| 10 Infancia | 23 Migraciones |
| 12 La escuela | 24 Mi madurez |
| 14 Adolescencia | 25 Ser mujer ayer y hoy |
| 15 Noviazgo y matrimonio | 26 Agradecimientos |
| 16 Maternidad | |
| 19 Mis trabajos productivos y reproductivos | |

elli nombre es Isabel Rivera Dorado
 nací en Alcalá del Valle de allí me
 vine con cuatro años. bueno aquí no
 a la Junta de los ríos término de Alco
 de la frontera, a la badia mi madre
 en brego una tierra por una parcela
 allí estaba terminado cuatro berracone
 que le de cian a las cacita no sobre fui
 mas los primero todo bía estan así
 los ar babillos lo suelos dera de tierra.
 no sobre eramos cinco mis padre y mi
 hermano y yo y una hermana de
 mi madre pero con no sobre era tol
 terra; ella tan bien tenía tierra y tan
 bien las vendios con el dinero que tenían
 le pagaro a los al banito para que le
 e chora al suelo se meto y los pusieron
 muy bien. ELLI madre estaba siempre
 muy de licada tenía un parali en
 una pierna. estando allí se quedó en
 estado mitia era quien le a lludaba
 a mi madre en la casa y mi padre
 se iba al campo con mi hermano y
 solo tenía sei años mi padre a bía tido
 a riero y de campo me parese que no
 en ten día mucho. a los pocos día
 pegaron los besino todos tenían hijos
 una llora así pasamos lo in finito
 y mas; los besino como tenían hijos
 una gate traba gaba el campo y ganaba
 un sueldo por afuera. mi madre en la
 casa y mitia le a lludaba a bía que
 a una fuente por agua y allí se la
 baba la ropa; en el campo quien traba
 gaba era mi padre y mi hermano con
 todo lo pequeño quera al año nacio mi
 hermano otro, menos mal que el es.

tantito le a dicen a
 para ara el campo
 lleve la bebamos
 con la leche de la
 me forando pero
 las besina tenían hi
 no atrabaja a fuer
 lluda a micasa sol
 sino porque el se qu
 la, era muy alta
 9 o 10 años no pod
 Por que tiempo / mi
 Mallorca pues ten
 y se puso a traba
 que podía era como q
 Allí es tubimos nue
 tenía aquí una tier
 año iba a sermo la
 vamos todo los año
 cada ve estaba mas
 nos a lludo para pu
 ca se quedó aquí un
 no fuimos al colegio
 mi madre sabía mu
 tero que en lludaba
 Seno que se llamaba
 era sin era parecido
 carta aquí a ferer p
 eulso para lludaba.
 el traslado llo tenía
 allí y el segundo me
 menos ropa que el q
 a la parcela era chu
 el que la dejó sea vi
 go traba gaba en e
 o en la parcela. m
 la mili y el may

Introducción

“Un pueblo que no co-
 noce su historia está
 condenado a repetirla.”

La mitad del pueblo que no reconoce ni valora
 su historia está condenada a no quererse.

Para mirar al presente y, cómo no, al futuro, es
 imprescindible una mirada atrás. Con ella hace-
 mos balance, sucede que hay que limpiarse de
 las nostalgias, desbrozar nuestras vidas de todo
 artificio, llegar a la esencia. Desde ese lugar en
 el que todo nace, me reconozco y es en ese re-
 conocerme en el que me miro, me admiro y

ocupo por fin mi lugar. Ese que por ser mujer ru-
 ral del sur llevaba a rastras su condena, el olvido.

Describir con palabras propias las vidas que vivi-
 mos es un modo de afirmar, para nosotras mismas
 y para la sociedad, que somos dueñas de nuestros
 mundos; una vía directa para acabar de creer que
 tenemos derecho a existir, y a existir de nuestras
 diversas maneras, porque cada una es importante.

Por eso juntamos a mujeres de diferentes genera-
 ciones para re-escribir nuestra historia de mujeres
 del campo, con palabras propias, re colocando las
 grandes y pequeñas anécdotas de nuestras vidas en
 lugares más preciados y amables, al eco de las voces
 de las compañeras, con las que ir re-conociéndonos.
 Mi historia, la nuestra, ha sido ignorada dado que
 no narra hazañas de magnitudes varias. Son histo-
 rias pequeñas, invisibles, femeninas construidas des-
 de ese lugar más al sur, ese en el que nace la vida.

ado los baía colorada
 o y una niña y la
 ni hermano se río
 laca los bejino iban
 ro setro cadale peor
 ja mayores quello se fue
 an y o tambré quise a
 o cele dos día bueno
 undo día me puse ma
 muy meneta tem día
 ia ni con la soletai
 tia se fue a Palla de
 im allí otra humana
 mos a ludaba todo lo
 segunda madre.
 ve año mas mi padre
 mona pu tocos los
 ma tanta pues era
 un cochino mi madre
 des mejorada mi tia
 nos vinieramos para
 a parselá basia nosotros
 para ser la comunión
 y bien escribi ella se en
 via en el estituto un
 a Dor Riscaldo Vella sino
 mi madre escribió una
 idiendo que de le dieran
 I le contestaro dandale
 trese año y fue mujer
 ertabamos aquí con
 me se esta bañando.
 ca pero aquí era una ligina
 a ydo a Barcelona.
 l campo cuando talia
 el hermano se fue ase
 or y des pues Alemania

sas y múltiples inteligencias y capacidades, sin sus
 corazones, sin su creatividad, sin sus anhelos y
 esperanzas, sin su amor en sus diversos forma-
 tos, nosotras y nosotros no estaríamos hoy aquí.

Acercarse a escuchar a estas autobiografías, en-
 tender cómo vivieron, cómo pensaron y sin-
 tieron sus vidas, puede ayudar a achicar las
 distancias que tenemos con nuestras propias
 madres, tejiendo puentes de comprensión en-
 tre generaciones, aliviando heridas del alma, fa-
 cilitando el perdón y el agradecimiento mutuo.
 Y para cumplir, entre otros muchos, estos objetivos,
 comenzamos una segunda fase del proyecto, que
 consistió en realizar encuentros en centros educati-
 vos y de mayores. Allí, estas mujeres sencillas, forja-
 das bajo el cincel de vidas anónimas y rurales, cons-
 truidas a golpe de invisibilidad, solidaridad, tristeza
 y alegría, soledad, pobreza y riqueza, ingenio e in-
 tuición, afrontaron el nuevo reto que les planteába-
 mos: compartir una parte de sus autobiografías con
 adolescentes, personas adultas y mayores, como
 cuando vistieron sus primeras medias de cristal, fe-
 lices e inquietas. Planeaba sobre ellas la incertidum-
 bre: ¿A quién va a interesar mi historia? Más tarde
 demostraron su maestría, lidiaron con sus temores
 y renacieron ante jóvenes y mayores en los diferen-
 tes encuentros. Las escucharon con una mezcla de
 interés, curiosidad, incredulidad y, siempre, empatía,
 porque sus historias son las nuestras, las de nuestras
 abuelas, madres, vecinas,... las de miles de nosotras.

En este viaje nos embarcamos en septiembre de
 2016. Durante 4 meses estuvimos reuniéndonos
 con mujeres de Guadalacín, El Torno y Nueva Jarilla,
 encontrándonos en torno a varios aspectos de la
 vida elegidos por los grupos de entre una veinte-
 na de temas propuestos. En cada sesión una rela-
 jación nos ayudaba a soltar los cuerpos que somos
 y ayudar a que la memoria celular también saliera
 a la luz junto con las palabras. Leíamos lo escrito
 durante la semana sobre uno de los temas, com-
 partíamos lo común y lo diferente, e integrába-
 mos los recuerdos de un modo más amable y va-
 lorado. Los relatos recogidos en esta revista son
 una pequeña selección de todo lo auto-biografiado.

Conocer y poner en su justo valor todo lo que
 nuestras madres y abuelas hicieron, cada uno de
 los trabajos y tareas invisibilizadas que realiza-
 ron para sacar adelante la vida, es imprescindible
 para que hoy las nuevas generaciones crezcan en
 un esquema social que no menosprecie lo femeni-
 no. Sin sus manos, sin sus cuerpos, sin sus diver-

Asomarse a leer estos relatos que tienes en tus
 manos, puede enseñarnos mucho sobre la gran
 historia del cotidiano, la de todos los días, la del
 cuidado y mantenimiento de la vida y de los vín-
 culos humanos imprescindibles para ser vivida.
 En estas páginas, entrelineas, hay una visión pano-
 rámica sobre el valor de las mujeres en la historia.

Deseamos que disfrutéis al abrir esa ventana a la luz.

(Para leer todo lo re-escrito, se
 puede consultar el blog: <http://re-escribiendonuestrasvidas.blogspot.es>



Antes el querer de los padres se demostraba de otra manera. Ahora cogemos a los niños, los achuchamos, le damos besos..Pero antes no. Antes era de otra manera. Yo antes a veces me ponía encima de mi madre y le decía: oma, hueles a madre! a mi me parecía que ese olor era de madre. Y claro, ¡cómo no nos van a querer por dios! Si ellos se quitaban de todo para dárnoslo a nosotros. Creemos que esa costumbre de no tocar o no abrazar venía de las costumbres de entonces, de la represión que había, que era todo más severo. Era como tabú. Era visto como una debilidad que sentían esas personas y tenían que demostrar que eran fuertes.

(JUANA, 64 AÑOS)

Mi Madre

Muchas veces recuerdo el tiempo de recolección, en verano, siendo yo pequeña. ¿Quién se levantaba la primera para dejar aviada la comida para los que nos quedábamos en casa (tres o cuatro niños/as y la abuela sentada en su silla porque apenas podía andar apoyada en su cayado)? ¿Quién preparaba el café (achicoria, claro) para el desayuno, y la fiambarrera para llevar? Y antes de amanecer de camino, para estar a la salida del sol segando el trigo, o cogiendo lentejas, o garbanzos, a la par que su marido.

Pero lo peor venía después, al volver a casa. ¿Será que no traían el mismo cansancio? Porque mientras mi padre daba de comer y beber a las vacas (la yunta) y al borrico, y luego se derrumbaba en la silla, ella preparaba la cena, lavaba la ropa y atendía en lo que hiciera falta a sus hijos pequeños y su madre.

Y si se nos ocurría, críos al fin, acercarnos a él nos decía:

— Anda, deja a tu padre, que está cansado.

Y todo el mundo lo veía normal.

Sirva este recuerdo para presentar a una mujer extraordinaria, como la mayoría de las que vivie-

ron aquellos tiempos durísimos de la posguerra siendo pobres de solemnidad, que se decía. Y no porque no trabajaran.

Mi madre había heredado de su padre la cuarta parte de una huerta (eran cuatro hermanos), y a mi padre su abuelo (no su padre) le cedió algunas tierras para que las cultivara y así se defendieran. Pero apenas les llegaba. La he oído decir que en aquellos primeros años muchas noches se acostó sin saber cómo y con qué iba a hacer la comida del día siguiente, aunque luego siempre lo logró. Y el médico del pueblo le dijo (un día que se encontraron por la calle, que la consulta había que pagarla) que él tenía a su primer bebé (yo) apuntada en la lista de los muertos, porque se había enterado de que me estaba criando con sopas de ajo. Su alimentación era tan deficiente que se le había retirado la leche y no había para otra cosa. ¿Cuánto sufrimiento suponen experiencias como esas para una madre?

Sé que se casó enamorada, no porque ella lo dijera, sino porque de otra forma no se entendería una boda en contra de la opinión de las dos familias y en la que ni siquiera perdía el control materno puesto que el matrimonio se quedó a vivir con mi abuela, su madre viuda, que ya por entonces apenas andaba apoyada en un bastón o en la silla de enea en la que se sentaba.

A los nueve meses y nueve días de su boda nació yo y luego, más o menos cada dos años fueron naciendo hijos e hijas hasta nueve. En un caso el intervalo fue mayor porque tuvo un aborto por medio. Como consecuencia del aborto hubo de someterse a un legrado y aceptó que se lo practicaran sin anestesia para no tener que pasar una noche en el hospital. (Ya era difícil pagar la operación para tener que añadir la estancia y además, ¿qué iba a pasar en su casa si ellos no volvían? La ciudad estaba a veinte km y no había forma de avisar).

No es que quisiera tener tantos hijos sino que el único método de control de natalidad al que tenían acceso, aparte de la abstinencia, era el permitido por la iglesia, el Ogino, que me consta que utilizaban porque encontré un libro que tenían escondido y trataba de él. Y su caso demuestra que los seguidores del método ogino se llaman... padres de familia numerosa, como se decía con guasa en mi juventud.

Después de tres niñas el cuarto fue niño y nació con parálisis cerebral, aunque ella dice que los primeros días no tenía problemas. Vivió alrededor de dieciocho años, requiriendo una atención constante que nos repartíamos.

Cuando supo que estaba embarazada por novena vez (décima si contamos el aborto) lloró desconsoladamente. Decía que su confesor le había dado permiso para abortar, que ya había cumplido de sobra con su función reproductora. ¡Como si fuera tan sencillo! Tuvo una hija con síndrome de down y casi muere en el parto.

Por el bien de su marido enfermo (el médico le había dicho que si no cambiaba de entorno y se libraba del estrés que le suponía la proximidad de su familia, moriría) se llevó a su familia a la ciudad, donde arrendó una huerta con vivienda y cuatro vacas lecheras, abandonando lo conocido para empezar una nueva vida. Para entonces ya tenía cuatro hijas, la última bebé todavía, y dos hijos, la mayor de ellos con trece años.

Convenció a su marido (que pensaba que los hijos tienen que seguir los pasos de sus padres) para que su hija mayor, pese a la difícil situación familiar, comenzara a estudiar (con beca, naturalmente) porque la maestra del pueblo le había dicho que sería una pena que no lo hiciera.

Era el alma de su casa, el sostén de la familia. Trabajaba en el campo y llevaba la casa. Y llevar la casa en su primera época de casada significaba algo muy distinto de lo que es hoy porque no sólo no había luz eléctrica, ni agua corriente, es que el agua para beber había que ir a buscarla a una fuente a un par

de km. y lavar con agua del pozo era casi imposible porque era salobre, de forma que la ropa la lavaba en el regato, de rodillas sobre una tajueta y frotando sobre un lavadero. El traslado de domicilio suavizó esos aspectos a cambio de endurecer otros.

Pocas veces la vi hacer algo por gusto, siempre la necesidad o lo que otro u otros querían estaba por delante. Quizá lo más parecido al tiempo dedicado a su placer haya sido su gusto por las flores desde que tuvo la huerta al lado de casa. Un gusto que nos ha contagiado a muchos de sus hijos e hijas.

También nos ha transmitido al educarnos el machismo inherente en su sociedad. En casa no era igual ser chico que ser chica, ya quedó claro al principio. Las mujeres hemos tenido que romper muchos esquemas para superarlo, en alguna medida.

En enfados y discusiones utilizaba, sin ser consciente de ello, una estrategia muy de género: lloraba, se ponía enferma (de verdad, no fingía)... y la mayor parte de las veces conseguía lo que pretendía sin poner en cuestión la autoridad de su marido, que era quien tenía que mandar según su criterio.

Conseguir que sus hijas e hijos no tuviéramos que pasar por lo que ella pasó y que su hija pequeña quede en buenas manos cuando ella falte, han sido sus mayores preocupaciones, una vez superada la enfermedad de su marido.

Como la mayoría de las mujeres de su generación ha sobrevivido a su marido y mantuvo el alzheimer a raya hasta que él falleció, siempre pendiente de sus horarios y sus medicamentos. Hoy, a sus casi noventa años, aunque sus recuerdos del pasado se mezclan, confundiendo por ejemplo a su marido con su padre, y olvida lo que ocurre al momento de haber sucedido, sigue pendiente del devenir de su familia y de las muchas molestias que ocasiona con su asistencia al centro de día que tanto bien le hace. Ojalá el tiempo que le quede sea tranquilo y libre de sufrimiento, tanto físico como mental. Hacemos lo posible para que así sea.

Ella es una de las mujeres que han sostenido el mundo, cargando con tareas familiares y sociales que debían haber sido compartidas, arrastrando preocupaciones, y haciendo lo posible y lo imposible para que la siguiente generación lo hayamos tenido más fácil. Sin su esfuerzo y su sacrificio no estaríamos donde estamos.

(ENGRACIA, 67 AÑOS)

Mi Padre

Para mi fue una persona muy buena, muy grande. Le tocó vivir una vida muy mala. Tenía un corazón inmenso y una fuerza inmensa. Era muy luchador. Para él lo más importante no eran los lujos, sino las personas y hacer el bien. Y era muy honrado. No le gustaba hacer daño a los demás. El nació en Jerez, era el segundo de 4 hermanos. Cuando se casó se fue a Trebujena, porque mi madre era de Trebujena y estuvo viviendo allí en casa de mi abuela materna. Allí nacieron mis dos hermanos. En el tiempo que estuvo allí viviendo estuvo de guardia de campo trabajando. Pasaban cosas, habían que denunciar cosas, por ejemplo por robar, él tenía que denunciar a alguien. Y eso a él no le gustaba tener que denunciar a nadie. Lo que más le gustaba era la agricultura, así que solicitó la parcela y se la dieron, y se vinieron para Guadalcacín. Yo nací en los barracones. Él fue uno de los primeros colonos. El tiempo que le tocó vivir: él vivió en la guerra y la posguerra. Tendría yo 19 meses cuando mi madre murió. Y estuvimos viviendo allí en los barracones hasta que terminaron el pueblo y le asignaron a él una casa. La casa era de dos plantas. Pero como mi madre estaba mala del corazón, habló para que mi madre no tuviera que subir escaleras, para que le diera una de planta baja. Se quedó viudo con 36 años de la noche a la mañana con 3 hijos. Una noche de verano en agosto estaban en el cine mis dos hermanos y mi tío, y nos quedamos en casa mi madre mi padre y yo. Ella se encontró mal, se dejó caer en la cama y se murió. Yo no sé de dónde sacaría fuerzas el pobre, porque ver-se tan joven y con 3 niños chicos... porque la familia le ayudaba lo que podía. Pero aquí no vivía nadie. Su familia vivía en Jerez, y la de mi madre en Trebujena. Una hermana de mi madre se vino unos días a ayudarle. Pero como era una mujer, no se veía bien que estuviera aquí con mi padre. Mi hermana mayor tenía 7 años y medio y fue la que se llevó la peor parte, porque se tuvo que hacer cargo muy pronto de la casa. Ella también pasó mucho. A nosotros nos llevaban temporadas con mis tías. Y al principio con mi abuela. Mi tía se

casó pronto y me llevaron con ella. Yo empecé a decirle mamá a mi tía. Cuando mi padre vio eso, me trajo de vueltas con él porque decía que yo le iba a perder el cariño. Me llevaba y me recogía y pasaba temporadas con él y otras con mis tías. Pero ya era yo más mayorcita. Mi padre sufriría en silencio. Seguramente se lo guardaba porque no lo mostraba. Creo que también tenernos a nosotros le dio a él fuerzas para seguir para adelante. Y con su parcela se desahogaba él en el campo. Ha trabajado muchísimo. Su sueño: trabajar la agricultura. Mi padre no nos dio una madrastra. Mi abuela le insistía mucho para que se buscara otra mujer, le buscó dos novias. Estuvo dos veces a punto de casarse. Pero él no quiso, dijo que él no le ponía





madrastra a sus hijos, y él nos sacó pa lante. No era lo habitual en aquellos tiempos. Se buscaba una solterona y se casaban. Cogió a una mujer para ayudar en casa hasta que mi hermana pudo hacerse cargo. Y acogió también a la familia de un guarda civil, para que no estuviéramos solos, y para enseñarnos a nosotros también a ser mujeres. Y estuvieron aquí dos años viviendo. Nos apañamos como pudimos. Cuando mi padre por la noche tenía que regar, a veces nos dejaba a dormir en casa de una vecina. Cuando estuvo de alcalde quitó de ir a la cárcel a más de uno, porque él no veía bien que a lo mejor por robar gallinas, tuviera que meter a un vecino del pueblo a la cárcel. Él era quien le correspondía firmar y no lo

firmaba. Sus principales fortalezas fuimos sus hijos y el campo. Ya cuando fuimos mayores, que no nos hacía él tanta falta, se dejó un poquito. Yo creo que él hubiera deseado una vida mejor. Tener una familia, y no verse de la forma que se vio solo con tres niños chicos sin su mujer. Como casi todo el mundo: haber sido feliz. Me hubiera gustado que hubiera sido más comunicativo con nosotros, porque él se lo guardaba todo para él. Él era una persona fuerte, de gran corazón, humilde para él y bueno para los demás.

(Anónimo)

Infancia

Fui al colegio hasta los once años. Con esta edad me fui a trabajar en casa de un médico que era un sol de bueno que era. Este médico mandó a sus hijos a Cádiz al colegio, y me mandó a mí con ellos. Un niño y una niña, y la madre del médico. Allí dormía en una hamaca de tela, y pasé mucha hambre. Me fui en septiembre, y cuando vinimos de vacaciones, ya no me fui más. Me coloqué en la casa de la vecina del médico que tenía cuatro niños. Estaba muy bien pero iba a mi casa cada quince días y estando en el mismo pueblo. Eso era así, te tenías que quedara dormir y tó porque el niño se despertaba por la noche y tenías que estar allí. Tendría yo 12 o 13 años. De noche también teníamos que estar pendiente de los niños. Y cuando los niños se acostaban, la señora nos enseñaba a coser. Ella nos hacía la ropa, nos compraba la tela. Iba a Cádiz a por ellas, porque en Medina apenas había y eran muy caras. No se pasaba hambre porque eran del campo y había leche, garbanzos, matanza... Allí cumplí 15 años. Y ella me regaló las primeras medias. Me las compró de cristal. Yo contentísima cuando fui a mi casa lo dije. Y mi padre me dijo: "hija, no te las pongas, te vayas a caer y te cortes". Eso se me quedó grabao. El pobre no sabía ni de lo que hablaba. Éramos de Medina, y emigramos a Jerez, a unas parcelas cerca de emigración. Yo era la mayor y tenía 16 años. Como eso era de colonización, pusieron



FRANCISCA, 77 AÑOS

las mujeres, y cobrábamos veinte pesetas. Que al cambio de hoy serían 10 céntimos. Ayudábamos en el campo a mi padre. No había agua ni luz. Muchas pulgas pues los suelos eran de tierra y el ganao estaba muy cerca. Con el tiempo hicieron las casas, y ya estábamos mejor. Había tres dormitorios y un gran comedor y cocina. Los animales estaban más retirados. En las cosechas los vecinos nos ayudábamos unos a otros. Nos llevábamos muy bien. Parecíamos familia. No había dinero para comer diario. Y fueron los hombres a Jerez, y encontraron un almacén que nos daban los alimentos hasta que se cogía la cosecha. Cuando se cogía la cosecha se pagaba. Y a esperar a otro año, volviendo a lo mismo, yendo por fiao. Un año mi padre fue el que más algodón cogió. Se entregaba a colonización un tanto por ciento. Y mi padre cobró 12 mil pesetas. Aquello era un dineral. Mi padre no quería que fuésemos a trabajar a ninguna casa. Él quería que estuviéramos en el campo, que lo ayudáramos a él, que como teníamos quién nos diera alimento para comer, que teniendo la comida ya teníamos bastante. Como vivíamos cerca de aviación, cuando venían los soldados mi padre le ponía un poco de vino, mi madre hacía unas tapitas de ensaladilla, y allí echaban el rato. Y yo como había aprendido a coser con la señora de la casa donde estuve, le arreglaba la ropa a los soldados. Les cobraba tres duros, y con ese dinero, juntábamos y nos comprábamos la ropa mi hermana y yo, que éramos las mayores. A mi hermana le gustaba más ir a trabajar al campo, y como había que quedarse una en casa, porque agua no había, había que acarrear el agua pa lavar, pa tó, pues la que se quedaba en casa era yo y ella se iba a trabajar al campo. Y así aportaba algo a la casa. Vivíamos mejor que como vivíamos en Medina. Allí estábamos peor. Porque yo allí veía a mi padre cada quince días. Y si mi padre venía antes, porque él se iba al campo a trabajar y no volvía hasta quince días, y a lo mejor no coincidíamos ese día. El pobre, cuando se bañaba y se vestía de limpio, cogía caminito, caminito y se venía al pueblo pa verme, porque si no se iba al campo y no me veía hasta que volviera otra vez a los quince días. Así que cuando nos vinimos aquí él decía: que alegría cuando nos acostamos de noche, y yo cierro la puerta y estáis todos aquí. Eso le encantaba a él. Las tierras aquí eran malísimas, pero es que allí no teníamos. Así que cuando salió lo de las parcelas, mi padre lo echó y se la dieron, y nos vinimos pa acá, en un camión, tres familias, con los muebles. Los hombres iban en el camión, las mujeres veníamos en el coche de línea.

MARÍA, 83 AÑOS

Éramos una familia de 5 hijos como 5 soles. Mi padre se ganaba su jornada como guarda de un coto. Por culpa de una enfermedad de nervios mi madre cayó enferma. Creía que estaba tuberculosa, y los nervios pudo más, y se suicidó.

Se quedó mi padre como una gallina con los pollitos bajo el ala. Tenía 5 hijos, el más pequeño con 8 meses, y el mayor con 7 años. A mi me iba a recoger una tía, pero no me quiso porque era muy mocosa. La pequeña se la llevó la abuela materna. Y los otros cuatro, la abuela paterna. En un pisito metió los cuatro niños, y los encerraba en el balcón, con las piernas pa abajo, en pleno verano, a pleno sol. Pasaba por allí un tío mío y le decía a mi abuela: “María hija, ¿no te da pena de ver a tus nietos que se le van a derretir los sesos??” En un colchón nos acostábamos todos. El día que nos hacíamos pipí en la cama, ese día no desayunábamos.

Mi padre se iba a trabajar a la viña, y cuando llegaba a casa y se encontraba la casa vacía... Y los vecinos les decía: Manuel, no te preocupes, lo que tengamos nosotros lo repartimos para tos.

La madre de mi padre lo mandaba a la viña a trabajar con la capacha vacía.

La abuela lo que quería es que mi padre se casara, y quitarse a los niños de en medio.

Mi padre no quería eso. Pero estaba ya desesperao el pobre, y echó los papeles para meter a los niños en el hospicio. Al poco tiempo, un tío de mi padre lo llevó a conocer a una mujer que era lavandera, lavaba en pisos grandes y chicos, y así conoció mi padre a mi madrastra. A los 14 días de conocerla se casaron. Estaría mi padre desesperao...

Y se vinieron a la casa de Caulina. Estuvieron como quien dice la noche de novios, la noche de echar el pespunte.

Y ya nos fuimos allí a vivir. Como madrastra nuestra. No era mi madre. Mala no fue.

Aurora, que así se llamaba, no quería que le dijéramos mamá, sino tita.

Siempre tenía sobrinos en casa, de una hermana suya

viuda.

Eran tiempos de racionamiento, de pedazos de pan, de no tener pan...

Los niños, si había algo de comer, quienes se beneficiaban eran los sobrinos de ella.

Estando en Caulina a mi padre le salió otro trabajo en otra parra, con los señores de Domecq. Ya allí no pasamos necesidad, porque se criaban pavos, se criaban gallinas, se criaban cochinos, había garbanzos. Íbamos tirando.

Con los señores de Domecq estuvo 15 años. Nos tuvimos que venirnos porque la finca la expropiaron para el campo de aviación. Como teníamos la parcela de Caulina, nos fuimos con las manos vacías, a una peonía donde salía.

Cuando nos fuimos a Caulina, ya trabajaban mis hermanos mayores. El más pequeño guardaba dos vacas de mi padre para trabajar con ellas arando donde lo llamaban.

La hermana chica se quedó con mi abuela materna, no volvió aquí. Cuando la niña tenía 15 años, le entró meningitis y murió.

Nos quedamos sin nada. Cuando mi hermana enfermó, lo poquito que teníamos, las vacas, los muebles, pues se vendía para comprar las medicinas. Así que yo empecé a trabajar en los cortijos, en el campo, con la zoleta a quitar la hierba o a castrar. Salíamos de aquí a las 4 de la mañana para llegar allí a las 8 de la mañana. Iba con unas alpargatas, que cuando absorbían el agua pesaba 3 kilos. Y antes de acabar la semana tenía que pedir el dinero al del cortijo para los análisis de la hermana. Tuvimos que recurrir a la beneficencia. Y cuando murió, a los 23 días de morir ella, murió otro hermano a los 17 años. Cogió una neumonía fulminante, y murió en 3 días, por beber agua serena que había estado toda la noche al sereno. Era en diciembre, y la sangre se le hizo agua. Ya se podéis hacer una idea de cómo nos quedamos. Nos faltaban los dos más pequeños.

Todavía viven personas que se acuerdan de lo que mi padre lloró por mi hermano.

Esa pena no se olvida nunca. En esa entremedia se va mi hermano Antonio a la mili. Se va antes de morir mis hermanos. Parecía que había salido un muerto, y eso que iba a Sevilla (de lo triste que se iba). Ya se iba a venir mi hermano Antonio, y entonces se va mi hermano Ramón, a la mili también; pero ya estábamos mejor, porque ya había nacido mi sobrina Mari, que nos quitó muchas penas.

Yo la metía en un cerón de la bicicleta, le ponía una manta alrededor, y me la llevaba a por el pan, a Estella del Marqués.

Dejé la escuela con 10 años. Era muy cabezota. Osea, era un torbellino. Si la maestra me preguntaba la lección, y yo ese día no tenía ganas de contestar, pues no la contestaba. Y me castigaba y me mandaba al cuarto de los mapas. Y yo lo disfrutaba, porque allí me ponía con geografía que me encantaba e historia, que me sé todas las capitales de España. Eso era pa mí mi disfrute. Así que yo decía: hoy me va a preguntar esto...pues yo no le respondo y así me voy pal cuarto. Ahora, si no me preguntaba, y una niña se equivocaba, yo le decía lo que me decía la maestra. Nunca suspendí. Pero tenía una beca para irme al colegio, y mi abuelo dijo que las becas las mujeres no, que eran los niños. Y pues me tuve que quedar. Pero ya te digo: con 10 años tenía una beca para irme pa Sanlúcar. Y me tuve que quedar. Y ya, pues a raíz de ahí, recuerdo mucho a mis compañeras, las echo de menos, las añoro. Las que tenía y las que no. Porque siempre era-

Fui muy poco tiempo a un colegio de monjas, yo vivía en el campo, y entonces el colegio estaba bastante retirado del pueblo. Yo iba con mi hermana mayor, y mi madre nos preparaba la comida en un canastito de caña, porque yo era chica, tendría 6 años y mi hermana 7. Teníamos que ir por la carretera, caminando unos 3 kilómetros, pero por la carretera no había coches. Solo había el correo. Había un vaquero y es divertía con nosotros, porque se hacía el muerto cuando pasábamos. Estuve poco tiempo en el colegio. Cuando tenía 8 años pusieron un colegio en mi barrio. Yo vivía en el campo, y era más cerca. Estuve un año o menos, pues me fui a hacer mandaos, y a cuidar unos niños el día entero. Tenía yo 8-9 años. La maestra me quería mucho, y me decía que si tenía algún tiempo libre, que entrara a la hora que quisiera, para que por lo menos aprendiera a leer. Yo

Las tareas era escribir y leer, y cuentos. Aprender las tablas. Me gustaba mucho aprender. Los libros no eran tan bonitos como ahora. Primero la cartilla, donde venían las letras en blanco y negro. Después el catón. Tuve una enciclopedia donde venía desde la historia sagrada hasta las reglas de urbanidad, donde explicaban todas las conductas de la buena educación, pasando por aritmética, lengua, geografía... Todavía conservo ese libro, le tengo mucho cariño. Yo tenía mucho afán por aprender, pero los maestros no eran de título, sino hombres que sabían un poco, e iban de casa en casa. Llegado un punto me dijo el último que tuve que ya me había enseñado todo lo que él sabía, pero que podía seguir estudiando por correspon-

La Escuela



mos una piña. Y decíamos: pues hoy vamos a jugar a los novios. Y nos escribíamos las notitas. Yo empecé el colegio aquí en la escuela en el Rincón, con la señorita Amelia. Tres o cuatro añitos tendría yo. Y de ahí pasamos arriba cuando estuvo terminado el colegio aquí. Al entrar al colegio teníamos que cantar cara al sol con la camisa nueva por cojones, y ahora si te equivocabas y levantabas la otra mano, no veas, castiga todo el tiempo. Y con los babis, con nuestra flecha y un yugo, que nos daban los americanos (lo del Marshall), y un vasito de leche, y el queso. La leche era en polvo, la traían los americanos. Te la daban allí en un vaso.

(MARÍA, 66 AÑOS)

era muy lista porque tenía buena memoria. Y aprendí algo, pero no lo que hubiese querido (haber estudiao, porque a mi no me costaba trabajo). Como nunca es tarde, ahora estoy en el colegio, y estoy muy contenta. Lo que pasa es que ya la memoria falla, pero siempre se aprende algo. Me hubiese gustado pasar mi juventud en mi pueblo, y no pudo ser. Pero como he dicho antes que nunca es tarde, llevo ya 5 años y estoy muy feliz.

(M^a PAZ JIMÉNEZ, 75 AÑOS, GUADALCACIN)

cia. Pero mis tíos no quisieron. Tendría yo unos 12. Ahí me quedé. Leía muchísimo. Después de mayor, fui a la escuela de adultos, aquí ya en El Torno. Cuando entré el primer día, sentí mucha emoción, algo que no viví de niña. Me saqué el graduado. Ahora ya tengo un poco dejada la escritura y a veces cometo faltas de ortografía.

(JERÓNIMA, 75 AÑOS)



Adolescencia

Aquí había un cine de verano. Nuestra salida era ir a ver la cartelera por las tardes. Con 15 años la sección femenina nos llevaron a un campamento de verano 20 días a Benicasim, Castellón. Allí había muchas niñas de todas partes de España. Nos dieron un uniforme: blusa blanca y falda de rayas blanca y azul. Un bañador rojo, con media manga y a media pierna. Era muy gordo y cuando se mojaba echaba muchos churretes rojos. Fuimos en tren que echaba mucho tiempo por el camino. Lo pasamos muy bien. Eso lo pagaba el instituto nacional de colonización en combinación con la Sección Femenina. Al año siguiente nos llevaron a Palma de Mallorca. Fuimos a muchos sitios. Hace 61 años. Recuerdo muchas cosas y no he vuelto más. Me gustaría volver, y eso que tengo allí familia. Cuando era la feria nos divertíamos mucho con los columpios, a ver quien daba más fuerte. Siempre teníamos que ir con alguien mayor, o la madre de alguien o el padre. Siempre en grupo, muchachas y muchachos que éramos hermanos. Y antes nadie te ponía el brazo en el hombro. Eso era pecado! En esa época éramos más ignorantes, al menos yo nunca había visto a nadie besarse. Los domingos, nuestra fiesta a media tarde era ir andando hasta el puente de Revilla para ver a una parejita de novios besarse. Él venía de Barcelona y estaba más moderno. Mis primeras medias las traían de Gibraltar. Decían que eran de cristal. Me hice unas ligas a medio muslo y se caían pa abajo. Hacían baile en la plaza en la puerta de un bar, y también en la puerta del cine. Tocaba uno con una batería y un acordeón: el barbero y el bata. Ya después formamos un grupo para ir al campo, al Cerro de la Batía. Llevábamos un par de pollos en salsa, y una cacerola con papas aliñas. Y dos litros de vino perrieque, el más malo...porque no había pa más. Pasábamos el río en la lancha de Currito, y para ir a Torrecera, en la lancha del Gamba. Un viejo que ponía una cuerda de un lao al otro del río. Y el hombre allí agarraito porque era viejo. ¡Anda que no teníamos valor nosotros! Y eso a lo mejor si había fiesta era a las 5 de la mañana.

ROSA, 77 AÑOS



Noviazgo y Matrimonio



Yo conocí a mi marido muy joven, era amigo de uno de mis hermanos mayores. Yo lo conocía desde mucho tiempo y era un adolescente. Empezamos a conocernos mejor en un club de juventud que creamos un grupo de amigos. En aquella época no se llevaba en los pueblos pequeños. Yo acompañaba a mi hermana mayor que yo, sino mi padre no la dejaba salir tan tarde. Así las dos juntas se quedaba él más tranquilo. Este club se fundó a través de un sacerdote que vino al pueblo. Teníamos un salón de baile, biblioteca y un pequeño bar donde se ponían los discos para bailar. Éramos todos una piña. Allí no había ninguna maldad, y nadie se metía con nadie. Éramos todos del pueblo, y lo mejor fue que nos empezamos a conocer, que teníamos algo en común. Yo tenía 15 años y bailaba siempre con él, suelto y agarrado. Así empezó nuestra relación, paseando, yendo al cine, y otras cosas de juventud. Con 18 años entró en casa y formalizamos seriamente nuestra relación. Estuvimos cinco años de novios, y con 22 nos casamos, y hasta ahora llevamos 41 años juntos con nuestros altibajos, como todas las parejas.

Yo recuerdo que estábamos en el club, y los hombres se ponían en una parte del salón y las mujeres en el otro. Entonces yo miré así pa allá, pa en frente de los hombres, y entonces nos cruzamos las miradas, y nos quedamos así, uno frente al otro con la mirada. Y esa mirada la tengo yo grabada. Entonces yo noté que él quería algo más conmigo, y yo con él. Que nos gustábamos el uno al otro, que teníamos algo en común, como yo digo. Y ya empezamos a salir, a salir y salir y ya nos hicimos novios. Y digo yo ¿qué es lo que se dice hoy estar enamorada? ¿Qué es lo que tiene que haber para estar enamorada? Yo digo que lo quería, no? Me gustaba.. Yo tenía ganas de estar con él, de pasearme. Es verdad que los hombres lo piden to, pero yo le decía: shh, quieto ahí. Entonces me querría digo yo, cuando me respetó hasta el matrimonio. Hombre él me tocaba, y me hacía como todo el mundo, un beso, un achuchón por aquí y por allí. Pero luego, penetración y eso nada.

(JUANA, 64 AÑOS)

Yo por ejemplo no tengo con qué comparar. Yo na más que he tenido un novio, un marido y un querido. No puedo comparar con nadie, no sé si es bueno o malo. No puedo decir si es malo. A veces era agradable y a veces desagradable. Yo pa mi, no estaba bien. Yo me sentía insatisfecha. Yo necesitaba algo más. No sé si es porque éramos los dos unos críos o qué. No te puedo decir el qué porque no puedo compara, pero para mi que aquello no estaba bien, porque yo me sentía insatisfecha, yo necesitaba algo que no lo tenía. De novios, pues tu sabes: tenías que llevar una hermana porque sino no te dejaban, y vuelta pa arriba y vuelta pa abajo. Íbamos al cine, al baile, y no bailábamos agarrados porque no se podía. Tenía que correr el aire. Ya ves cómo estábamos antes, que yo me casaba a las 4 de la tarde, y tenía que ir a confesar y a comulgarme al otro pueblo, ahí a San Isidro, y mi madre: tú no vas sola con él. Y yo: mamá, si me caso esta tarde. Y mi madre: que tú no vas sola con él. Busca alguien. Y tuve que buscar a su hermana. Y el cura le decía a mi madre: señora, qué le va a pasar a su hija, si voy yo con ellos en el coche.

(MARÍA, 66 AÑOS)

Yo María, que soy la que estoy escribiendo, me eché novio, con 16 años, ¡que atraso! Ni mi padre ni mi hermano Antonio no lo querían. Le hablé 6 años. Me casé con 22. Tenía que hacer pipí en un cubo, y no podía hacer pipí delante de mi novio. Intimidación ninguna, porque no había puertas. Había cortinas. El váter era en la calle.

Me quedé a vivir en casa con mis padres. Porque no querían quedarse solos.

¡Eso no era vida! Yo quería quedarme sola con mi marido. Eché los papeles para una casa en Guadalcacín, y tal como me la dieron me la quitaron, porque se liaba mi madrastra a llorar a llorar... Y hasta que no solté la casa no me dejó en paz. Ella no se quería quedar sola.

¡Eso no era vida! Pa hacer lo que el señor en la cruz. Porque angelitos que pintaba mi marido eran demonios para mi tía.

Pa echar pespunte, algunas veces, lo tenía que hacer en el suelo, pa que la cama no sonara. Porque la tía, na más que hablábamos por la noche, a la mañana siguiente nos decía: “¿anoche qué?, no nos podíamos quedar dormidos”.

Mi marido si que les oía a ellos echar pespunte. Ellos le decían el folliclé.

Yo también he pasado mucho con mi marido, no era malo. En cuanto al dinero, ha sido siempre muy tacaño. Para él no, lo que ganaba era para comprar enseres para el campo. Pa sus cotos, pa sus cartuchos. Y si había que dormir en un colchón en el suelo, a él le daba igual.

También era muy poco cariñoso con sus hijos, y muy gruñón. Y yo no he sido nunca dueña de un duro, así que yo he pasado lo mío. Un día le dije que los niños no tenían na que comer, y él me respondió que comieran chinitas del río. A mi eso no se me olvida. En la fábrica de botellas donde trabajaba daban becas para que los hijos pudieran estudiar, y él se las quedaba para él. Todo lo que han estudiado mis hijos se lo han tenido que pagar ellos, yendo a lo que hiciera falta: algodón, maíz, lo que fuera.

La única recompensa que tengo son mis hijos, que para mí es lo más grande. Son muy buenos, están sanos, ¡qué más puedo pedir! Tengo tres yernos que son muy buenos, y quieren mucho a mis hijas. Y tenía una nuera que es muy buena. Y tengo 3 nietos, que son muy buenos y quieren mucho a su abuela. Y tengo a mi Shaila, que también la queremos mucho.

(MARÍA, 83 AÑOS, GUADALCACIN)

Maternidad

Yo cuando tenía 10 años me dio mi madre una niña recién nacida y se iba a trabajar. Se iba a las 8 de la mañana y volvía a las 10 de la noche. Crié 3 hermanas yo. Es lo que decían antes: uno ata, dos desatan y tres rematan. Yo no sabía cómo lo iba a hacer entonces, que tenía que ir por agua a la fuente, lavar la ropa en el baño, que las sábanas no podía lavarlas porque era una cría y las lavaba mi madre de noche, metía el baño en el comedor y las lavaba. Así que yo tuve a mi hijo y para mi era lo más normal del mundo, después de criar a 3.

(MARÍA, 66 AÑOS)



Yo estaba de parto en el hospital, con contracciones, y me dijeron que yo aún no estaba pa parir. Y yo les decía: y que no puedo más, que no puedo más, por favor. Por suerte llegó el médico, me miró y les dijo: esta señora a camilla. Rápido. Se tuvo que ir porque tendría otra emergencia, y me dice la que estaba allí: venga, móntate en la camilla. Y yo le dije: por favor, ayúdame que no puedo. Y me responde gritando: SEÑORA!! QUE LE HE DICHO QUE SE MONTE EN LA CAMILLA!!. Mira, me salió a mi no sé cómo, y le dije gritando también: SEÑORA, COMO QUIERE QUE LE DIGA QUE NO PUEDO!! QUE ME AYUDE!!. Se asomó el médico, me monta en la camilla, me da con lo que fuera, y con lo que yo digo: si no fuera por los dolores que yo paso, el salir de mis niños es como el tapón de una botella de champán. Yo no sé cómo no se me cayó al suelo. Con la otra tuve menos horas, y la tuve sola en la cama, y me pasó lo mismo. Entonces cogió al niño, y le dije: ay hija, ¿cómo está? Dime como está.. Y dice: con lo mal que te has portado no te lo digo. Y cojo no sé como, me siento en la camilla, y como lo tenían cogido por los pies como se hacía antes, vi que era un niño. Y le vi la carita. Y hasta el otro día no me lo enseñaron.

(RAFAELA, 64 AÑOS)

Cuando yo me quedé en estado, pa tenerlo, como no tenía seguridad social, me tenía que venir al hospital militar, entonces me tenía que venir pa Cadiz. Yo no quería tenerlo en casa. Yo quería tener un médico que me viera. Y allí mismo lo bautizaba, porque mi madre decía que los niños no salían moros a la calle. Y al otro día los bajaba a la iglesia, y ya estaba el niño bautizado. Mi madre siempre me acompañaba, entraba conmigo y salía conmigo. El proceso de gestación fue bien, solo en el parto era malo, pues los dolores fueron de riñón. El primero fue de cesárea, pues traía los brazos agarrados al cuello y no podía salir. El segundo parto fue bien, no me cogieron ni puntos, pero tuve bastantes dolores. Porque tenía la ventana con rejas, sino me hubiera tirao. Mis mellizas fueron lo mejor que me ha pasado, porque no tuve casi dolor. Cuando llegué a Cádiz los tuve en menos de una hora, nacieron las dos. La chica la tuve en Jerez, también la tuve bien, pero al cabo de unas horas tuve hemorragia y me tuvieron que hacer raspado de matriz, sin anestesia, porque había bebido leche. Así que ya, se acabaron los niños. Me hubiera gustado haber tenido otro niño, pero ya se me quitaron las ganas. Para mi los niños son los mejores del mundo, pues se han criado bien y siempre me han hecho caso de lo que les he dicho y nunca nos han llamado la atención. En el sitio que vivíamos teníamos una hamaca para estar en el patio. Algunos padres pasaban de ellos y los hijos estaban jugando hasta que se marchaban muy tarde. Mis hijos cuando terminaron la escuela no quería estudiar, y ellos solos se buscaron el trabajo. Tan solo la pequeña estudia administrativo, y muchos cursos para poder trabajar. Para nada, como dice ella. Después, de mayores, cuando sa-

lían llegaban temprano, como a las 12 de la noche. El niño si fuma y bebe cuando sale, digo yo pues ya tiene 47 años y está casado. Mis niñas no las veo que fumen. Ya están casados y pueden hacer lo que quieran. Tengo 9 nietos, y son 7 niñas y dos niños. Hasta ahora igual que los mayores: se recogen a buena hora. En los estudios son todos muy buenos, sacan sobresaliente y notable. Los padres no quisieron estudiar, pero de los hijos están pendientes de que hagan la tarea y estudien.

Crianza compartida con las madres:

Que yo me viniera del puerto, en el tren, con 4, con mis niñas mellizas en el carrito, la otra con 3 años, y la otra con 4. Y yo me venía en el tren a ver a mi madre. Y antes los autobuses no eran como ahora, venían de tarde en tarde. Y a lo mejor me estaba 2 horas o 3 en Jerez dando vueltas con mis niños. Y los marineros me conocían (como era los sábados, venía el tren lleno de marineros), me cogían el carro, me cogían los niños y se bajaban. Y mi hija que está en Nueva Jarilla y na más que viene dos veces por semana y porque está el niño en el inglés que sino...Y eso que tiene coche, sino tuviera coche...Después mi marido se iba a concentrar porque era guardia, y yo me venía los 3 meses aquí con mi madre, que también mi madre ya estaba mala, y me venía esos tres meses para ayudar a mi hermana. Creo que hoy están muy cómodas. Antes lavábamos a mano, limpiábamos a mano. Ellos lo tienen to: tienen lavavajillas, tienen secadora, lo tienen to, y no le dan tiempo de na.

(ANA GIRALDO, 70 AÑOS,
GUADALCACIN)

Tuve cuatro hijos. Cada vez que me quedaba embarazada me costaba una enfermedad. Porque ahora quién le decía a mi tía que estaba embarazá. Ella no quería que me embarazara. Él último embarazo que tuve, mi hija con 17 años fue a decirle a mi tía que yo estaba embarazá. Y ella se ponía a gritar: “¡Ay dios mío! Otra vez embarazá! ¿por qué no ha metió tu padre la picha en un ladrillo!!? Porque hay que ver! Dejarla embarazá otra vez.”

Yo hubiera querido tener dos, pero vinieron cuatro. Yo quería mujeres. Yo macho no lo quería, porque no me gustaban. Yo veía a cualquiera que había tenido una niña y me daba mucha alegría. Me llevaba toda la barriga devolviendo. Eso no es para contar, eso es para pasarlo. Mis partos fueron muy bien. Fueron en el hospital. Yo no quería tenerlos en casa porque antes cuando una se ponía de parto venía medio pueblo a verte, y a mi no me daba la

gana que mi chocho me lo viera tol mundo. ¡ No me lo había visto mi marido! Les di a todos una teta sola. Porque la otra me la echaron a perder cuando yo parí a la primera. Na más parir se me puso mala, y me la rajaron. Perdí el pezón. Así que con esa teta ya no pude hacer na. Pero con una teta alimenté a los cuatro, y mu bien que han salido.

(MARÍA, 83 AÑOS, GUADALCACIN)



TRABAJOS PRODUCTIVOS Y REPRODUCTIVOS

Pagar que me han pagao a mi. Yo he trabajao muchísimo, de edad de 11 años ya me pusieron en el campo. Mi madre me mandaba a llevar el desayuno, almuerzo, merienda, y estaba en el camino todo el día. Iba a la escuela pero muy poquito, porque tenía que estar para ir al campo. Y trabajar he trabajao mucho, lo mismo con zoleta que sin zoleta...muchísimo en el campo: labrar la patata, el algodón, el maíz, y cogerlo, y lo que pica...Y la costura. Me he tirao casi 30 años cosiendo, y cobrando. No mucho, pero si ganábamos nuestro dinerito. Que yo estaba muy contenta porque decía: mira, algo que estoy ayudando en la casa. Y después las tareas de mi casa. Yo me casé muy joven, con 19 años. Ya con 20 tuve a mi niña, con 21 tuve otro, y con 23 tuve otro. Y ya después tardé más que lo tuve con 36, tuve una hija. Cuatro que tengo. Y yo de coser, todo se lo hacía a mis niños. Como no se andaba nada bien de dinero, pues me daban unos trajes grandes, pues yo sacaba unos vestiditos pa mis niñas, y al niño, le sacaba su pantaloncito. De noche, cuando terminaba que los acostaba, empezaba: ay, el abrigo, pa mañana a ver si se lo puedo hacer, vaya a llegar el frío y no le tenga el abrigo hecho. Y así es las tareas de la casa de una. En el campo estuve trabajando hasta que me jubilé. Embarazá y tó. Vamos, que estábamos en febrero cogiendo algodón y me tuve que ir porque iba a tener el niño a mi casa, que es donde yo tuve mis niños. Y pasar hambre no hemos pasao, pero necesidad mucha. Después se fue mi marido a Alemania, y me dejó con dos niños chiquititos, y ahí pasé muchísimo pa poder sacarlos pa lante, porque tampoco mandaba tanto dinero de Alemania. Yo una vez que estuve con la depresión fui al médico y me decía que yo no me valoraba pa ná. Y me decía: tú te levantas por la mañana, te miras a tu espejo y te dices: hoy estoy guapísima, y le dije: uy! Pues si yo no me miro en el espejo si quiera! Si yo me levanto, me pongo los zapatos y el abrigo y me voy pa la calle. Yo no me he valorao nunca pa ná porque yo he sío siempre pal campo, y pa trabajar, y pa mi casa y ya está.

(ANA, 72 AÑOS)

Los trabajos que hacía de niña no eran muchos. Mi madre me mandaba a limpiar los zapatos de mis hermanos y mi padre, y fregaba los platos y cubiertos. No me dejaba fregar las ollas y cacerolas, porque a lo mejor tenía suciedad del carbón, y seguro que yo no tenía fuerzas. También cosía o bordaba. En aquellos momentos estaba aprendiendo. Todo lo que fueran labores lo aprendí desde chica. Yo al campo no fui. Eso lo hacían mis hermanos y mi padre. Mi madre tampoco fue nunca. Yo siempre he soñado con ser matrona, era lo que más me gustaba. Gané beca para estudiar, me tenía que ir a Málaga. Pero como era niña sola, no me dejaron. Entonces mi ilusión era estudiar algo, sacar algo. ¿qué era lo que más cerca tenía que mi madre me dejaba? Jerez, porque tenía familia allí. Y me quedé a vivir en Jerez con mi familia, hasta que aprendí peluquería. Y cuando terminé, pues qué iba a hacer: montar mi peluquería. Y me decidí a montarla. Se lo propuse a mi padre. Mi madre como era distinta ella no me dijo nada. Y mi padre me dijo: yo te firmo las letras, y si no se puede pagar, ya lo pagaré yo...Y de ahí empezamos, y estuve trabajando hasta los 44 años de peluquera, llevando mi casa, mis niños. Yo monté mi negocio propio, con la firma de mi padre que me avalaba. Si yo no podía pagar una letra la pagaba él. Pero entonces yo lloré mucho porque pensaba: cómo me va a pagar él esto si no tienen dinero! Si viene la cosecha mala no me lo pueden pagar. Entonces yo trabajé, gané para pagar, para comprarme una máquina de coser, para comprarme mi ajuar, para tener dinero guardao para cuando me casé (que entonces mis padres no tenían nada, así que cuando me casé me lo compré yo todo: el ajuar entero, el traje de novia, el viaje nos lo pagamos entre los dos, que fuimos a barcelona). Luego le cosía los vestiditos a mis niñas. Yo de esto siempre ha hablao mucho con mis hijos y con mi marido, pa eso he sido muy moderna, y siempre le he dicho a mi marido: mira, lavo ropa, plancho, guiso, limpio, peino, soy tu mujer, soy tu amante, soy tu amiga, soy todo! Y yo no gano nada, bueno, en la peluquería si ganaba, pero yo le decía: con todo lo que yo trabajo no está una valorá en eso. Soy todo tuyo, te lo hago todo!. Porque los hombres no valoran mucho lo que tu haces. Y nosotras tampoco! Y eso, para nuestra salud hace mucho mal...Porque los nervios te los trastorna todos.

(M^a PAZ, 67 AÑOS)

Durante mi infancia, los trabajos de las mujeres eran múltiples. Algunos sólo suyos y otros compartidos con los hombres. Los hijos, la atención a los enfermos y la casa, sólo para ellas y el trabajo en el campo compartido. En las labores de recolección participaba toda la familia. ¡Cuántas veces le oí decir a mi abuela que el oficio del niño es poco pero el que lo pierde es un loco! ¿Cuándo comencé yo a trabajar? Pues, como la mayoría, desde muy pequeña, casi jugando, en casa: barrer, limpiar el polvo, (el suelo no se fregaba, que era de tierra), acarrear agua en botijos para beber, fregar los cacharros en el regato, un poco más arriba de donde las mujeres lavaban pero cuando ellas no lo hacían por la hora, echar de comer a las gallinas, a los cerdos. Y algo más tarde (10 u 11 años, en algunos casos menos seguramente) empezamos con labores algo más serias:

- Recuerdo enjabelgar (encalar) la casa con una escobilla hecha con unas hierbas muy finas que mi madre recogía para tal fin en sitios donde sabía que se daban y luego ataba mi padre con el mismo sistema de las escobas.
- Regar la huerta, para lo cual mi madre me acompañaba hasta allí, enganchaba el burro a la noria y calculaba hasta dónde debía regar para volver a casa a la hora de comer, después de llenar las alforjas de hojas de remolacha para las vacas.
- Cuando más tarde llevamos en medianía las huertas del cura (medianía significa que el cura ponía la tierra y nosotros el trabajo, el resto gastos y beneficios a medias) me enseñaron a sacar agua del pozo para cargar el motor y enchufarlo a la corriente. El riego siempre fue labor mía. Mi madre insistía mucho en el cuidado a la hora de sacar el agua y de subir las clavijas de la corriente, que a ella siempre le dio miedo, y luego yo soñando me veía ahogada en el pozo o electrocutada.
- Al menos el último verano en el pueblo (12 años) y creo que el an-

terior también, fui atíña: recogía, hacía haces y los ataba con la mies que segaban mis padres, un cerro ella y dos él. Aprendí a hacerlo con bálago: dos manojillos del propio trigo que se ataban por las cabezas; con vencejo: juncos atados de la misma forma que el bálago; y con cuerda cuando el trigo era bajo o estaba demasiado seco y quebradizo y no había juncos disponibles.

- También fui espigadora: salíamos en grupo, antes de amanecer, para recoger las espigas que hubieran quedado en las tierras que se habían segado los días anteriores. Salíamos abrigadas, con jerseys, y volvíamos cargadas (si había habido suerte) y muertas de calor.
- El trabajo en la era me encantaba. De niñas nos gustaba dar vueltas subidas en la trilla que mi padre conducía mientras cantaba (sólo en esa situación, y en la iglesia, le recuerdo cantando) y luego trillar aunque manejar las vacas en la trilla no fuera demasiado fácil al principio, especialmente lo de poner la pala para recoger la cagada cuando una vaca levantaba el rabo. Era importante porque el trigo se convertiría en harina, había que conservarlo limpio. Y si eran garbanzos o lentejas no digamos.
- Cuando nos fuimos a vivir a la ciudad comencé a estudiar. Llevaba tres o cuatro litros de leche de nuestras vacas a unos familiares que vivían cerca del instituto y a cambio comía en su casa. Si no no habría llegado a tiempo a las clases de la tarde. Los sábados tocaba limpieza general de la casa que hacíamos entre mis hermanas y yo. Y en vacaciones estaba la huerta: sembrar, regar, recoger (tomates, pimientos, judías verdes, lechugas, calabacines...) según se iban madurando los frutos, y venderlos.
- Cuando llegué a cuarto de bachiller empecé a dar clases particulares: mi primer trabajo remunerado, cuyo importe iba íntegro al fondo familiar, como era lo normal. Y seguí dándolas (las clases) hasta que empecé a ejercer como maestra.

- El magisterio ha sido el trabajo de mi vida, elegido por gusto, del que he obtenido alegrías y sinsabores compensados siempre los últimos con las primeras porque, como he dicho muchas veces, me han pagado por hacer lo que me gusta.
- Siempre he compartido el trabajo remunerado con el trabajo reproductivo: la vida familiar. Organización y limpieza de la casa, cuidado y educación de hijas e hijo, la comida... Lo normal. No puedo decir que en la pareja hayamos compartido tareas y responsabilidades, aunque sí que hemos repartido una parte del trabajo de casa... de forma desigual. Y quien siempre estaba en reserva, por si algo fallaba, era yo. Debo consignar que durante los años en los que tenía niños en casa que no iban al colegio he contado con la colaboración de una persona ajena a la familia cuyo trabajo remunerado ha facilitado mi vida al saber que mis hijas o mi hijo estaban cuidados mientras yo estaba en mi otro trabajo. Si no he incluido el estudio como trabajo es porque nunca lo he sentido así. Podía ser una obligación, pero al tiempo un disfrute. La posibilidad de estudiar era en aquel tiempo un lujo tan grande que la mayoría sólo podíamos alcanzarlo si obteníamos una beca que pagara los gastos y si era posible compensara lo que dejábamos de ganar trabajando (El último curso tuve una beca-salario: 200.000 pesetas de los años sesenta). Es una lástima que el alumnado de hoy, que tiene la suerte tener reconocido el derecho a la educación hasta los dieciséis años, lo considere una obligación y no un derecho. Algo estamos haciendo mal.

(ENGRACIA, 67 AÑOS)



FAMILIA

Me llamo Ana, natural y nacida en Málaga capital. Mi madre se llama Amalia, es malagueña y mi padre Juan Jerezano. Soy la 2ª hija de 8 hermanos. Mi padre estuvo 6 años reenganchado de militar, estaba en la Retaguardia. Cuando terminó los 6 años en aquella época no había apenas trabajo, solo en el oficio de la mar. Y en Jerez encontró en una tienda de ropa. Estuvo un año y medio hasta que mi padre enfermó. En ese tiempo estábamos en el mundo mi hermana mayor Mercedes, yo y mi hermana Remedios. Mi madre se tuvo que ir a trabajar por la necesidad. Estuvo trabajando , lavando ropas en dos pensiones. Y para poder mi madre trabajar nos metió a mi y a mi hermana pequeña que teníamos 3 años y 1 añito y mi hermana mayor 8 años, nos metió en la Guardería La Gota de Leche y mi hermana Mercedes en el Colegio Franco. Nos llevaba por la mañana y nos recogía mi madre a las 5 de la tarde. Cuando mi padre se curó de su enfermedad volvió a trabajar en la Bodega de Domecq en la Oficina. Hasta jubilarse trabajó mi padre. Yo cuando terminé el colegio me coloqué trabajando cosiendo con un sastre hasta que me casé a los 28 años. Con el tiempo nacieron el resto de mis hermanos, 5 más, y fuimos en total 8 hijos: Mercedes, yo (Ana), Remedios, Pepe, Juan Manuel, Salvador, Carmen y Miguel. Mis padres tanto mi madre como mi padre fueron bellísimas personas: muy buenos padres y muy buenos abuelos, de buenos que fueron eran fuera de serie. Y nos inculcaron grandes valores: educación, respeto y amor hacia las personas.

(ANA ROSADO, 76 AÑOS, GUADALCACIN)



LAS DE CAMPO

Éramos muchachitas, y fuimos a Jerez a la peluquería. Como no nos alcanzaba pa to, fuimos con el bocadillito y la bolsita, y todo el mundo se quedaba mirando la bolsita. Antes no se entraban las mujeres en un bar a tomarse un bocadillo. Tampoco había para poder entrar.. Y la gente nos miraba y nos decían campurras, que éramos del campo. Las del pueblo nos decían como con desprecio que éramos del campo. Ahora ya somos una más. Pero antes parecía que teníamos más respeto y educación nosotros que ellos.

(RAFAELA, 64 AÑOS)

Antes cuando se buscaba alguna chica para trabajar en servicio en las casas, decían mira, esta es del campo, es muy buen y el otro decía: ah, pues si es del campo si, venga, tráela. Preferían a las de campo que a las del pueblo porque hacían lo que querían con ellas y esa del campo no abría la boca ni decía ná. Si al hijo le daba la gana de tirarle a la muchacha un pellizco en el culo, como si le daba la gana de cogerle una teta. Esa se callaba porque ...¿a quién se lo iba a decir?!! Si eso era un pecado! Ella no lo había hecho, pero como se lo habían hecho...Muchísimas muchachas en aquellos tiempos que tuvieron hijos de los señoritos. Muchas. Las plantaban en la puerta de la calle y se tenían que volver al campo con sus padres, y sus padres hacerse cargo del niño, y esos niños no tenían nombre ni apellidos, y tenían que tener los apellidos de la madre. Yo conocí una vecina de aquí que tuvo un hijo de un señorito. Ese hombre tuvo hijos de la que había estado allí trabajando, de la que había estado allí escardando, a la que a él se le antojaba, pues si no le metía mano allí le metía mano cuando fuese, y lo arreglaba con dinero. Y esas mujeres ya se quedaban solteras para toda la vida. Y a lo mejor ya de más mayores se juntaban con un viudo, porque eso era ya una deshonra. Ya no solo que hubieran tenido un hijo, sino que hubiera tenido novio y que la hubiera dejao el novio. Aquí hubo una mujer que tuvo un novio y decidió dejarlo porque él bebía. Tenía 18 años, ya ves tú lo que podía haber hecho una mujer con 18 años. Pues un vecino se enamoró de ella y su familia no le dejaba que se casara con ella porque ya había tenido novio. Él se empeñó y se casaron, y la familia de él no fue a la boda. Y cuando tuvieron hijos, no quisieron conocer a los niños. Esa mujer fue despreciá por su familia toda la vida.

(FRANCISCA, 77 AÑOS)



MIGRACIONES

Yo recuerdo que cuando mis 3 hermanos se fueron mis padres lo pasaron un poco mal, porque no sabían cómo les iría. Unos de ellos se fueron a Tomelloso, porque allí estaba su novia, y no le fue mal. El otro se fue a Alemania; éste no estuvo mucho tiempo. El otro se fue a Barcelona. Al principio se le hizo duro. Después encontró un nuevo trabajo y todo fue algo mejor. Yo era muy chica y no recuerdo mucho. Ahora de más mayor mi hermano el que se fue a Barcelona nos hemos enterado que lo pasó bastante mal. Pero él entonces no nos dijo ná. Porque él se fue buscando a la novia, que también se había ido allí, pero claro, la novia vivía con su hermana y su cuñado. Él se alquiló una habitación que era un sótano muy oscuro. Después su primer trabajo era descargando bombonas en los bloques que no tenían ascensor. Así lo que pasó mal. No es que le faltara pa comer, pero lo pasó mal. Ya de ahí con el cambio de trabajo estuvo mejor, ya se casó, vivió muy bien allí, hasta que lo despidieron. De mis hermanos que eran 5 varones, emigraron 3, y dos se quedaron aquí de albañil. Mi familia pudo salir adelante sin los ingresos de esos 3 hijos. No con mucho, pero si salimos adelante.

(M^a PAZ, 67 AÑOS)

Cuando tú llegabas aquí, como los que estaban aquí habían venido igual que tú, se hacía como una familia. Y después nos ayudábamos en el campo. Este está más adelantado, venga, vamos a coger aquel. Y se iba cogiendo tó. Se creaban esas redes para ayudarse entre todos. Que fulanito va a sacar las papas. Venga, vamos todos a ayudarlo. Ya mañana sacamos las de otro. Y así. vino una mujer que estaba ya pa dar a luz, y tuvo gemelas. Uno que las recogió, como nacieron muy chiquitas, enseguida les pusieron sus botellitas de agua caliente para darles calor (acostaba a las niñas, les ponían una botellita de agua por un lado, otra por otro, y estaban calentitas). Yo me acuerdo que mi madre me dijo corriendo: hija, haz un cordoncito que hace falta! Y era para cortarle el cordón a la segunda que nacía. A veces llegaban familias, y había barracones vacíos, y otra familia tenía que acogerlos hasta que alguien de colonización viniera y se lo asignara. Tú no te atreías a tocar a nada. Podía haber 40 barracones vacíos, y tú llegar allí, y no haber uno del instituto, un mayoral o algo, pa decirte este es el tuyo, tú no te metes. Hoy lo harías, pero entonces no.

(FRANCISCA, 77 AÑOS)

MI MADUREZ

Siempre he estado muy ocupada ayudando a mi familia y a la mía propia, teniendo mucho trabajo, pero feliz de haberlo hecho. Quizás ahora si me doy cuenta en ciertos momentos cómo voy cumpliendo años, dándole gracias a dios que estoy bien de salud pero con muchos dolores de huesos como todas. El ser abuela es lo más maravilloso que me ha ocurrido en mi vida. Los quiero con locura para mí como a mis hijas, ya que cuando nacieron ellas yo era muy joven y quizás no sabía demostrar el querer de un hijo, y cómo duele si les ocurre algo o tienen cualquier problema en su vida. Ahora que tengo a mis nietos estoy viendo mi pasado y se valorar lo que yo quiero a mis hijas. Ahora estamos solos, pero siempre dispuestos a colaborar en todo cuanto necesiten mis nietos. Ellos son los que nos dan vida, y cuando estamos con ellos disfrutamos tanto de ver lo que saben, y al mismo tiempo son ellos los que nos transmiten a su manera que no solo los queremos nosotros. Hace tiempo que mi nido está vacío. Echamos mucho de menos a mis hijas. Ellas se salieron de casa muy jóvenes, con una diferencia de 4 años una de otra. Estudiaron fuera. La mayor estaba más cerca y venía todas las semanas. La pequeña venía menos por estar más lejos. Nos costó mucho que el nido estuviese vacío, y otras veces ocupado. Así nos acostumbramos a estar sin ellas. Vienen a vernos, pero se vuelven a su nido, que también están construyendo. Es la realidad de la vida.

(JUANA, 64 AÑOS)

Yo disfruto de mis nietos cuando vienen a verme. Me he comprado una cama articulada, y ellos me la ponen en V, para sentarse ellos cómodos, y me dejan toda la casa revuelta. Y ya me cuesta mucho trabajo de hacer la faena...Yo disfruto mucho de ellos, pero llega un momento en que estás hasta el último pelo.

(ROSA, 77 AÑOS)

Los niños hoy todos tienen bronquitis. Mi hija me dice: mamá, 3 puf de este, 2 puf de los otro, las Lgotas de esto, de lo otro...□. Y cuando he criado el segundo ya no tenía la misma fuerza que del mayor, y cuando he criado al segundo yo me he notado que he dado un bajón que yo no soy la misma. Entonces digo como Rosa, encantada de tenerlos aquí, pero cuando se van, me relajo, me siento y digo: no puedo más. Ya recogeré luego todo lo que han dejado por ahí. Los cojines por todas partes. Es como la canción: ni contigo ni sin ti. Cuando están estoy encantada de tenerlos. Pero cuando se van, ahora me noto que yo necesito estar sola y tranquila. Que es que me falta la fuerza. La juventud de ahora tienen otra clase de vivencia. Yo tengo que comer pronto por la diabetes que sino me pongo temblona. Pues ellos llegan, y me dicen: mamá, vamos a tomarnos unas cervecitas, y yo ya tengo la comida hecha y tó y les digo que no tengo ganas. Y ellos me dicen: no, venga, vamos. Ea, pues nos vamos. Y luego en el bar, yo nunca he tenido esa paciencia de estar en el bar y tomarse una y chuchuchú, y estoy con el móvil, y no miran la hora. Y yo cuando me tomo una con ellos, les digo a mis nietos, venga, vamos para casa y vamos comiendo. Y a mi hija les parece bien. Al rato vienen mis dos hijas. Les pregunto por mi marido y sus maridos, y me dicen: se han quedado otro ratito. ¿no entienden que yo estoy deseando de terminar de fregar y sentarme? Porque ellas me ayudan, pero a lo mejor si comen tarde me dicen: yo me tengo que ir ya. A ver, normalmente no son así. Normalmente quieren fregar y yo no les dejo. Pero ¿no comprenden que yo quiero acabar la faena para poder sentarme?

(M^a PAZ, 67 AÑOS)





SER MUJER AYER Y HOY

Qué se le exigía ahora y antes. Antes en los años que yo me crié, ¿qué se nos exigía? Yo hablo por mí. Mis padres, bueno, mejor dicho, mi madre, lo que quería era que aprendiera de todo, como coser, bordar, limpiar la casa, planchar, lavar, la cocina... Bueno, esto lo aprendí más bien al interés que yo le ponía preguntando: ¿y esto cómo se hace? Bueno, una cosa que se exigía mucho en mi casa era la educación. El saber comportarse. El respetar a los mayores. Y como te decían: hay que tener vergüenza. Era como decirte que nadie tuviera que decir nada de ti. También no sé si te exigían, o mejor, te decían, que cuando fueses novia te dieras a respetar, y cuando fueses esposa te comportaras como tal, respetando al marido y hasta puedo decir que hacíamos siempre o casi siempre lo que él quiera. ¿Qué se le exige ahora a la juventud? Yo hablo por mí. Cuando yo he criado a mis hijos he hecho lo que mi madre, que es el referente que yo tenía, sólo que con diferencia de que la vida ha cambiado. Bueno, me refiero por ejemplo, a lo económico. De pequeños, como todas las madres, cuidarlos lo mejor posible. Cuando tuvieron edad de colegio, lo que le pedía era que estudiaran, que se portaran bien en clase. Después en la universidad, que sacaran la carrera que habían elegido. A mis hijas nunca les he tenido que pedir nada, han sido y son muy responsables. Y mi hijo ha sido diferente, no ha querido estudiar. Siempre tuvo buenas notas, pero no quiso seguir. Yo creo que ahora los padres les exigen lo mismo, que sean buenas personas y que estudien. No sé si hoy hay más libertad que antes. Lo que sé es que exigiendo o sin exigir se consigue de la juventud lo que uno quiere. A mi me hubiera encantado poder ir a estudiar, además matrona que es lo que yo quería, y que me costó mucho conseguir esa beca... estaba muy orgullosa de haber logrado la beca. Pero no me dejaron ir. Así que yo con mis hijas les he facilitado todo lo que he podido que estudiaran lo que querían. Entonces se pensaba que el hombre es el que hacía falta que estudiara, porque la mujer se iba a quedar para la casa. Y nosotras si que se lo hemos querido dar a nuestras hijas, todo lo que nosotros no hemos tenido. Antes una madre te podía llegar a decir: un mal marido por la puerta te entre. Como para que no estés sola, porque el marido es el que gana dinero. Yo después de que me la hizo, que me podía haber separao cuando mi hijo tenía 3 años, y me separé cuando mi hijo estaba en la mili. Y mi madre me decía eso: un mal marido por la puerta te entre.

(M^a PAZ, 67 AÑOS)

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es, en primer lugar, un pequeño homenaje agradecido a todas nuestras antepasadas invisibles.

Conocer y poner en su justo valor todo lo que nuestras madres y abuelas hicieron, cada uno de los trabajos y tareas invisibilizadas que realizaron para sacar adelante la vida, es imprescindible para que hoy las nuevas generaciones crezcan en un esquema social que no menosprecie lo femenino. Sin sus manos, sin sus cuerpos, sin sus diversas y múltiples inteligencias y capacidades, sin sus corazones, sin su creatividad, sin sus anhelos y esperanzas, sin sus cuidados, sin su amor en sus diversos formatos, nosotras y nosotros no estaríamos hoy aquí. **GRACIAS POR TANTO.**

Damos gracias también a cada una de las mujeres nombradas o anónimas que han dedicado con generosidad su tiempo, palabras, ilusión y cariño a escribir sus historias de vida y compartirlas con nosotras en cada una de las sesiones o en sus casas, de las que nos abrieron las puertas: aún nos tiembla el corazón al recordar la sinceridad, la transparencia, el calor humano, la sabiduría y el cariño que emanaban de vuestros recuerdos nombrados.

A las que además de ello, decidieron afrontar sus pequeños y medianos miedos, y se lanzaron a participar en los encuentros con personas jóvenes y mayores. Sabéis que la curiosidad y las ganas de saber más de vuestras vidas quedó demostrada. Aún queda mucho por escribir y contar... Deseamos poder seguir haciéndolo juntas.

Un agradecimiento especial va para Verónica Sánchez, antropóloga asturiana, que sembró en nosotras la semilla del deseo, al realizar en su tierra una experiencia similar a la aquí relatada, que dio lugar al desarrollo de nuestro proyecto en las pedanías de Jerez.

Agradecemos a las personas de Ganemos Jerez, por decidir destinar una parte del dinero público que les adjudican como sueldo para posibilitar proyectos sociales como éste. Esa energía económica y política ha sido un impulso imprescindible para que todo nuestro sueño-proyecto pudiera materializarse. Gracias por confiar en nosotras. Y a los Ayuntamientos de Guadalcaçín, El Torno

y Nueva Jarilla, así como a las Asociaciones de Mujeres de El Torno y Nueva Jarilla, y al Colectivo Cultural Ágora de Guadalcaçín, por colaborar con sus medios y amabilidad a que las sesiones tuvieran lugar. Igualmente, agradecemos a todo el profesorado de los centros educativos a los que acudimos, y al personal técnico de los centros de mayores que nos recibieron, por hacer posible que esta parte de la historia llegara a la población.

Y nos agradecemos a nosotras mismas, como mujeres Sembradoras de Salud, por darnos esta gran oportunidad de escuchar, aprender, valorar y sanar una parte de nuestra historia, desde la primera fila, y con tanto amor.







Ganemos
JEREZ

